

La noche como tránsito

La clave está en el alba. Entre ella y la noche —que no se quiere definitiva, por eso se escribe, porque se aspira a ser leído— la luna o, quizás, el neón, iluminan un áspero tránsito, suerte de abrumadora demora. Porque la noche se alarga, por un lado. Por el otro, debe ser poblada hasta diluirse en vestigios hasta las primeras líneas de la luz. La noche no solo está habitada por gárgolas, por lechuzas y murciélagos que quizás —¿quién podría asegurarlo?— anidan en cuevas, cavernas o abismos (podrían también hacerlo en cualquier hogar).

Desde esa página oscura en la que Leandro López está dispuesto, con valentía, a indagar, a profundizar y —precisamente— a esclarecer, nos enfrentamos al mito y a la ausencia. Pero la ausencia de un sujeto no es la ausencia del sentido o, en todo caso, de los sentidos. Como se ve, siempre es posible hallarlos en tanto alguien tenga el don —y la fortaleza— de plasmarlos bajo la forma del poema.

Si todo *yo* lírico aspira a dirigirse a un *tú*, es decir, su alteridad, este libro lo logra. La construye desde el vacío hacia la plenitud, que puede premonitoriamente advertirse. En el poemario, es cierto, hay prostitutas y se nombran suicidios. Ambos, cada uno a su irónica manera, son formas del sinsentido y del fracaso. En un caso, de la incapacidad de introducir, en el seno de un vínculo, el cuerpo del amor. En el otro, el hallazgo de que ya no lo tiene el mundo o, peor aún, el universo todo. Se ha perdido el sentido, y el *yo* lírico se extravía en ese marasmo porque solo le queda el abismo que, como siempre, resulta irreductible. Por eso permanece en la noche. La entiende como su refugio y su resguardo pese a que siempre alberga ciertos riesgos: intemperies graves y la imposibilidad de orientarse demasiado.

Tras los pasos del alba, porque «El reverso de la luz no es la sombra / es la Ausencia», las mayúsculas invitan a resignificar esa experiencia de la alteridad. Porque la ausencia, con esas mayúsculas que la vuelven la jugosa hipótesis de un verso, supone una ausencia reduplicada. Una ausencia que se resignifica en toda su magnitud porque es una ausencia mayor y una ausencia que el sujeto siente de modo desgarrador. De modo que si la noche es la ausencia —y, convengamos, la ausencia se percibe particularmente por las noches—, la mitología de la noche es la mitología de la ausencia y, agregaría yo, de una ausencia en especial.

Las imágenes de este libro se derraman sobre el lector bajo las formas de lo inquietante y también del dorso de la vida más temido. No obstante, lo repito, la clave está en el alba. Y en esa palabra que se resiste a ser devorada/borrada por la noche porque se resiste a ser terminantemente sumergida en la oscuridad. En esa palabra que no admite dejar de ser poema. En esa palabra que, aún sin contornos nítidos busca el alma inteligente que no solo lea lo escrito, sino que sepa también escuchar al sujeto que la escribió. Esto es: quien está en su envés y le infunde su hálito. La palabra triunfa. Vence sobre los mitos más nocturnos. Porque todo mito, para ser verdaderamente eficaz, primero ha de ser nombrado. Y el poema, entre todos los géneros aquel en el que la palabra se manifiesta en su mayor énfasis, constituye el antídoto perfecto.

Advierto en este libro de Leandro López los compases de un momento del día tanto como los de un momento de la vida y de una poética. Se trata de la encrucijada en la cual un sujeto, sin énfasis patéticos, sí está en condiciones —y he aquí la otra clave: sus capacidades— de vislumbrar la llegada del alba, quizás inminente, quizás aún remota. Pero cierta. Posiblemente deba incluso todavía darse el permiso de atravesar completamente la noche y su mitología, a sabiendas de

su costo. Recorrer todas sus galerías, sus aristas más robustas, hasta agotarla y hasta agotarse. Y, claro está, ejecutar sus plegarias.

En ese momento en que lo crepuscular se está retirando, ya se va, ya se ha ido. En ese momento en que ha irrumpido la noche. En que nos hemos sumergido en lo abismal y ha dado comienzo el mito —ya no las historias, a las cuales él devora y de las cuales él es su matriz—. El poeta trova. Y entre esas historias, porque pese a ser este libro un poemario, pueden rastrearse los indicios una trama, el alba llega para que ese libro escrito y nocturno pueda ser leído, y el alba llega también para dar comienzo, casi de modo encabalgado, al próximo. El que ya Leandro ha comenzado a escribir. El que ya Leandro está escribiendo ahora. Porque definitivamente la noche y su mitología, habiendo dejado atrás la ausencia de estímulos, de motivos y su bruma, han hecho que el poeta sospeche que también ellas son falibles. Que la noche no es invencible.

Vista como zona de tránsito y no como sumidero que todo lo consume, la noche es un cobijo seguro pero incierto. Vista como fin en sí misma, posiblemente, sea una instancia de la quietud perpetua. De la autodestrucción. Me atrevería a decir que incluso de la incapacidad de escribir o, en todo caso, de seguir escribiendo. Es por ello que se impone correrse de ella.

La noche, no sin dejar un rastro. No sin dejar una huella. No sin dejar, también, su olvido, invita a la escritura del alba. El libro del alba, con la certeza de que esa luz primordial que ilumina toda página —aun la que ahora escribo— ya ha encontrado por fin un sentido y una presencia. Así, la noche que se hace astillas contra esta alba que sin pedir permiso irrumpe de modo invencible. La noche se repliega. Y hasta, temerosa, se esconde.

Adrián Ferrero